

I. Un nuevo virus

2020 empezó como lo hacen todos los años. Con la misma promesa de dispensar anhelos satisfechos; un fugaz frenesí, en realidad, antes de regresar a la monotonía ordinaria. O no. Unos pocos días después, el jueves 9 de enero, crucé Pekín para acudir al hospital a causa de una leve gripe que más adelante sería motivo de grandes inquietudes. Sentado en la sala de espera, comencé a escribir el primer artículo sobre el coronavirus publicado en las páginas del periódico.

«Un nuevo virus tiene a China en alerta», comenzaba aquel texto. La clave del hecho noticioso residía en que un grupo de científicos había logrado aislar la secuencia genética del patógeno causante de la misteriosa neumonía de Wuhan, la cual no respondía a las pruebas de cualquier dolencia conocida. La conclusión: se trataba de un nuevo coronavirus, el séptimo descubierto hasta la fecha. Cuatro de ellos provocan síntomas leves similares a los de un resfriado común. Los otros dos, en cambio, son por desgracia célebres. El SARS, también originado en China, provocó la muerte de más de 700 personas en todo el mundo entre 2002 y 2003. En 2015, el MERS se cobró 469 vidas.

Las pruebas médicas habían confirmado la presencia del coronavirus en al menos 15 de los 59 casos en observación. Los

infectados tenían como vínculo común el mercado de Huanan, una zona en la que se comercializaba todo tipo de animales salvajes sin ningún control sanitario. El recinto había sido desinfectado y llevaba clausurado desde el 1 de enero. A tenor de los detalles facilitados por la Administración regional, la situación no parecía alarmante. «Hasta la fecha, ninguno de los enfermos ha fallecido e incluso ocho pacientes, los cuales ya no mostraban ningún síntoma, fueron dados de alta ayer miércoles». Y, por último, lo que pronto demostraría ser una mentira flagrante. «Las autoridades sanitarias locales han asegurado que no se ha detectado ninguna transmisión entre humanos».

Sobre el terreno se sabía desde hacía semanas que esto no era verdad. El médico Li Wenliang, quien más tarde se infectaría y fallecería convertido en un héroe, había dado la voz de alarma el 30 de diciembre y por ello fue obligado a retractarse. Ya el 24 de diciembre un hospital de la ciudad había hecho llegar a la Comisión Municipal de Sanidad de Wuhan una muestra del virus, cuyo examen reflejó muchas similitudes con el causante del SARS. El 1 de enero, no obstante, un responsable de la Comisión habría ordenado detener las pruebas y destruir las muestras, así como cualquier otra información al respecto; según reveló el medio chino *Caixin*. Cuando el 8 de enero un equipo de expertos enviados por el Gobierno central visitó algunos de los centros sanitarios de la población, también se ocultó la existencia de personal médico infectado.

Pero si algo preocupaba entonces era la proximidad del año nuevo lunar, que en 2020 caía el 25 de enero, apenas dos semanas más tarde. Se trata de la festividad nacional más importante de China, unos días de descanso en los que la tradición manda regresar al hogar familiar; aunque muchos, cada

vez más, aprovechan para irse de vacaciones al extranjero. Esto se traduce en la mayor migración humana del mundo, tres mil millones de desplazamientos en menos de un mes: el peor escenario para la propagación de un virus recién descubierto.

El patógeno siguió expandiéndose, y a mí no se me escapaba la ironía de informar desde un escritorio lleno de pañuelos de papel a medio usar. El 11 de enero, dos días después de aquel artículo inicial, se cobró su primera vida: un varón de 61 años que sufría de patologías respiratorias previas. Los 15 infectados se habían convertido ya en 41, 7 de ellos en estado grave. Las autoridades redoblaron su mensaje, ocultando la gravedad de los hechos. «No hay pruebas de que se transmita entre humanos», insistía un portavoz de la Comisión Municipal de Sanidad de Wuhan. «La gente que ha estado en contacto directo con los enfermos, personal sanitario incluido, no se ha contagiado». La realidad, sin embargo, siempre acaba por abrirse paso. El 13 de enero se registró en Tailandia el primer caso fuera de China, una mujer que había visitado Wuhan pero no había puesto pie en el mercado de Huanan. Las mentiras de las autoridades chinas comenzaban a desmoronarse.

El fin de semana siguiente las cifras oficiales dieron un salto, evidenciando que la situación estaba fuera de control. Las autoridades anunciaron 136 nuevos positivos, 59 el sábado y 77 el domingo, lo que elevó el número total de casos a 198. Era el principio de una curva estadística que crecía casi vertical. También se detectaron, además, las tres primeras infecciones en suelo chino fuera de Wuhan, lo que indicaba que el virus corría rampante dentro del país: dos en la capital, Pekín, y otra en Shenzhen, la pujante ciudad al otro lado de la frontera con Hong Kong. Tanto China como el resto de naciones asiáticas comenzaron a extremar las medidas de seguridad

en aeropuertos y estaciones de tren. Imágenes difundidas en redes sociales mostraban un grupo de trabajadores sanitarios que vestían equipos de protección y revisaban, uno a uno, la temperatura corporal de todos los pasajeros de un avión presto a abandonar Wuhan. Esta escena, tan impactante entonces, pronto se volvería habitual.

Hubo que esperar hasta el 20 de enero para que el Gobierno chino admitiera, por fin, lo que ya era evidente: la infección se transmitía entre humanos. «El reciente brote de una nueva neumonía por coronavirus en Wuhan debe tomarse en serio», afirmó el líder Xi Jinping en su primera declaración pública al respecto. «Los comités del Partido, los gobiernos y los departamentos relevantes en todos los niveles de la Administración deben poner en primer lugar la vida y la salud de las personas». Documentos filtrados meses después a la agencia *Associated Press* revelaron que el Gobierno central ya sabía que se enfrentaba a una incipiente pandemia desde al menos seis días antes. Su protocolo de actuación interna había sido activado el 14 de enero de manera confidencial, sin alertar a los ciudadanos ni a la comunidad internacional. Hasta ese mismo día, también la Organización Mundial de la Salud (OMS) sostuvo que «no había evidencias claras de la transmisión entre humanos». Seis días no son mucho tiempo, pero tuvieron lugar en un momento crítico: el despertar del brote. Estudios académicos posteriores estimaban que, de no haberse producido este retraso intencionado, el número de casos a nivel global se hubiera reducido hasta en un 66% durante la primera oleada.

Para cuando llegó la confirmación ya había más de 300 infectados y 6 muertos. Fuera de Wuhan se habían detectado al menos 38 casos repartidos en 15 grandes urbes chinas. La epidemia, además, había alcanzado las costas de cuatro

países vecinos: Tailandia, Japón, Corea del Sur y Taiwán. El día anterior, la OMS había realizado una visita al epicentro de la plaga junto con un grupo de expertos chinos liderados por Zhong Nanshan, científico octogenario convertido en héroe tras dirigir la acción gubernamental contra el SARS tres lustros atrás. Los hallazgos fueron desalentadores: hasta 15 sanitarios habían contraído el virus, 14 de ellos infectados por un solo paciente, lo que abría la puerta a la existencia de supercontagiadores. La organización internacional comunicó que al día siguiente, miércoles 22, celebraría una reunión extraordinaria para decidir si declaraba una «emergencia de salud pública internacional». Por su parte, el Consejo de Estado chino, la mayor autoridad en la Administración del Estado, programó su primera rueda de prensa, en la que iba a dar detalles sobre la evolución del virus. Allí, entre muchos otros periodistas internacionales, iba a estar yo.